

## UN PARTIDO DE PELOTA.<sup>1</sup>

---

Se anunciaba para el domingo, si el tiempo no lo impedía, un gran partido de pelota, extraordinario y fuera de abono, en el fronton de Abando, partido en que atravesaban los jugadores 5.000 pesetas, entre Indalecio Sarasqueta (el Chiquito) de Eibar, y Vicente Elicegui, de Rentería, contra Francisco Alberdi (Baltasar) y Juan José Eceiza (Mardura), los dos últimos de Azpeitia. Fijaban luego las condiciones del partido, á blé, á habilidad libre, á 50 tantos y á sacar todos de los cuatro cuadros con 12 pelotas finas, de 118 á 120 gramos, elaboradas por D. Modesto Sainz, de Pamplona. Todo así, detalladito, y luego el cartelón seguía fijando los precios desde 10 hasta 3 reales, y otras menudencias.

Se habian avistado ya el Chiquito y Mardura, habian elegido las 12 pelotas y estas selladas, fueron remitidas en saco también sellado y lacrado. No es la cosa para ménos.

Al fin ¡Ya era hora! Llegó el día al cabo radiante de esplendores. Palpitaba el aire bajo un cielo de zafiro bruñido que reverberaba al sol y la luz caía á chorros ¡vaya un calor! llovía fuego derretido. Son aquí estos días como garbanzos de libra, don de la Providencia. Fué ansiado con más ahinco que el de la boda por los novios, más que las pascuas durante los ayunos. En todos los rinconcillos de Bizcaya se le esperaba como al santo advenimiento; al acostarse repetían muchos la misma cancion, contaban con los dedos.... «hoy, jueves, 22; mañana, viernes, 23; pasado, sábado, 24; el otro..... dos días fal-

---

(1) Aproximándose va la época en que los partidos de pelota adquieren vivo interés. y son objeto de genereles comentarios, creemos oportuno dar cabida al presente artículo del jóven y aventajado escritor bilbaino D. Miguel de Unamuno, en el que, con estilo suelto y animado, se pintan las peripecias de una de las luchas pelotísticas.

tan!» Soñaban con airosos reveses y boleas vigorosas revolviéndose de gusto en la cama, haciéndose boca. Desde Cádiz vino uno, sólo por verlo. Estaban ya pedidos los billetes, los revendedores hicieron su Agosto. ¡Qué partido!

Aquel gran día arrastró el ferro carril de Durango á cientos de hombres de todos los pueblecitos del interior, médicos y curas en mayoría. En todas las caras el regocijo anhelante de los niños el día del santo patrono del colegio, día de asueto. Desde la mañanita temprano bordeaban de la ceca á la meca por las calles de la villa diferentes grupos. «¡Eh, José!» *Kaišó, Chomin, emendi?* El otro sonriendo como resignado y alzando los hombros; *¡partidubé ikusterá!*—«¿Ola, Pachi, á lo mismo, eh?» «¡A lo mismo!» Se restregaban las manos murmurando «¡qué partido!», se citaban para la tarde. «¡Si está aquí medio Munguía. ..!» decía uno; «¡Todo Bermeo!» otro, y un tercero: «¡Ha quedado libre Durango!» «¿Has visto al alcalde?» «¿Dónde para el secretario?» Preguntas, exclamaciones, manotadas en las espaldas, apretones de manos, frases plagadas de acentos, recargadas de alma las palabras, castellano, semi-castellano, bascuence en sus diferentes tonos y matices, el schischeo del interior, algún que otro *yiyá* de guipuzcoano de *beterrí*, el canturreo de la costa. La *Prusiana* parecía una colmena en primavera, gentes que entraban mientras salían otras, yentes y vinientes, andantes y parados, rumor de tenedores y cucharas, retintin de copas timbradas, susurros y palmadas; un gran día sin duda.

Después de devorar, cuya hora adelantaron muchos, era de ver el boulevard delante del Suizo, allí, bajo el toldo; aquello parecía un hormiguero ¡qué enjambre tan zumbon! «¡diez duros por Azpeitia!» «¡20 ¡40! Los que ponían poco lo anunciaban muy alto, los jugadores gordos cerraban sus apuestas en voz baja, sin ostentacion ni bullanga, como se cierran los grandes negocios. «¿Cómo anda el papel?» »¿Qué agio se da?» «¿Hay momio?» «¡Está á la par!» «Cincuenta á cuarenta por Elicegui!» «¡Hum, hum!» Parecía una bolsa de contratacion en días de crisis ministerial.

Al alrededor de una mesa un corrillo de muchachos que ponían pescuezo largo y se alzaban sobre los piés para verles, les devoraban con los ojos, les contemplaban con la boca abierta, hurgándose la nariz alguno ¡oh! ¡los jugadores! Estaban rodeados de sus cortesanos. Una cara correosa, seria y lánguida, ojos caídos, frente arrugada, cráneo largo, fisonomía de viejo en cuerpo jöven, una cabeza delgada y

fina sobre unas espaldas anchas y sólidas. Junto á él un rostro agudo acabado en nariz, unos ojillos que parpadeaban vivamente en una cabeza clavada al tronco. Luego la gente se removió hácia otra parte, llegaba un moreno airoso, de tez bronceada, con fino bigote, eterna sonrisa, andar ligero y suelto, algo como la marcha de un gato montés, cuerpo hecho á torno, elegante, típico ejemplar de nuestra raza basca. Dieron las cuatro, empezó el traqueteo de los coches, los tranvías eran tomados por asalto, iban comó racimos de hombres.



Un edificio extenso y chito, guarnecido de grandes ventanas á todo su largo y escudos de armas sobre ellas, rematado por una balaustrada. Abajo tiendas de comestibles y bebidas. A continuacion de él otro elegante edificio de tres cuerpos, la escuela. En la taquilla una avalancha de gente que empujaban y alargaban los brazos peleándose por coger billete. Por dentro, el juego espacioso, del cual rebasaba el aire pesado y espeso del sudeste, sofocante, aire que vivía y se agitaba á todo lo largo y todo lo ancho. La cancha reluciente, caldeada, emanaba bocanadas de calor, un aliento de piedra que hervía; las paredes descarnadas se alzan rectas, planas y desnudas como tapias de presidio. La gradería sube en declive, abajo filas de sillas, algo todo ello como un circo romano modernizado con las líneas rectas de un monumento egipcio, y por encima de las paredes las recortadas montañas verdes pegadas al cielo azul. El viento riza las banderolas.

La gente, vomitada de los atestados tranvías, va entrando. El pueblo empieza á acostarse en la gradería con murmullos de impaciencia. Una masa gris, abigarrada y compacta, palpitante como un monton de gusanos, puntos rojos, azules y marrones aquí y allí; á trechos manchas negras, grupos de curas que van al espectáculo. Uno con su papelito y su lápiz se prepara á tomar notas. Abajo algunas señoras, con sombrero casi todas.

Por entre la gente que ocupa la cancha se adelanta abriéndose paso un inoceton, alto, fornido, blanco y graso, pelo ensortijado, cara de angelon de retablo. La camisa blanca, matizada de variadísimas sombras por pliegues riquísimos, boina azul, cinturon rojo, pantalones blancos y anchos y alpargatas tambien blancas. En el brazo derecho la *chistera*, sacudiéndola para probar si está sujeta. Empiezan á pelo-

tear para entrar en calor, á templar las cuerdas, es como el mosconeo que precede á la ejecucion en las orquestas.

«¡Ya está aquí Baltasar!» Unos se levantan y otros se sientan impacientes, ensayando posturas, tosiendo, remangándose los calzones, empujando á los de delante, se moldean al asiento, buscan sitio á los piés, alguno limpia los lentes, todos comentan, hablan y gesticulan y en todas las caras la movilidad inquieta de quien espera una primera cita. A las cinco menos minutos empiezan los aplausos de impaciencia, las voces de ¡fuera! ¡á sentarse! el hormigueo de la gente de sillas que se retira, sombrillas que se cierran ¡Vamos á ver!

Un duro forma espejuelos en el aire y cae entre los jugadores con agudo retintín, han echado á cara y cruz el saque; Baltasar se dirige á la mesa, allí delante, en sus sillas, los abogados del juego, dos junto al escás de saque, junto al de pase otros dos, en medio el juez de plaza. El jugador toma la pelota, la palpa y bota, dándosela luego al contrario, quien examinada y botada se la devuelve. Al fin! Toses, espectacion. Está libre la cancha, se oye un susurro humano como rumor de fiera en acecho, de tempestad lejana que viene, va á sacar Baltasar. Mira á los otros, ellos el cuerpo hácia delante; la cesta caida, el Chiquito encorvado, delante á la bolea, el renteriano detrás al bote, todo ojos, esperan. Se arranca..., ¡ia, Pachico! Aup! Sale.... bolea! ¡Bravo Chiquito!

Así principió la brega que fué aquel día dura, durísima. Un moscon cursi de tendido no se, saciaba de repetir que *rayaban los jugadores á grande altura*. Era frase de día de fiesta y no se le atragantaba jamás.

Los primeros tantos no hacian fermentar al pueblo, todavía no llegaba el entusiasmo á punto de horno. El sol achicharraba. Se respiraban dos bandos parcialísimos, los unos solo aplaudían á los de Azpeitia, á los otros dos los otros, y no tan solo el remate ingenioso ó rápido de algun tanto, sino tambien las pifias del contrario. Allí tiros y troyanos, rojos y blancos, ñacinos y gamboinos, la cuestion eterna y eternamente renovada, levadura humana, el perejil de todas salsas y sal de todo puchero. ¡Qué clamoreo se levantó cuando agrupándose los jueces, de pié, con las boinas en la mano, resolvieron dar un tanto á una de las partes! Los abogados no se entendian, llamaron al juez; esperaba impaciente el encargado del tanteador corrió este y tras de él todos los ojos, sonó el timbre.... para Eibar! ¡Qué bronca,

cielo santo! Silbidos, gritos, patadas, aplausos, un remolino de voces, «¡fuera! ¡falta! ¡bravo!» El Chiquito miraba sin sacar.

No es el público de las corridas de toros, que saborea un quite, paladea una estocada y se estremece con júbilo de la sangre ante un buen puyazo; allí no hay facciones que luchan, no se apasionan por el toro unos y otros por el matador; es una lucha impersonal. Aquí es el pueblo de las guerras de bandería, amasado con carne de batalla, arrullado por el fragor del combate. El dinero anda de por medio sazonzando la pasión.

Hay marduristas y eliceguistas, esclavos de su sangre y su temperamento, los que siguen á la fuerza de la astucia, al cálculo y la rapidez, y los que adoran y creen en la fuerza franca y sólida, abierta y sin dobleces. Dice el cartel Mardura, y le pluralizan llamándole Marduras. Chiquitistas apenas los hay y lo son todos, se admira al eibarrés como á Homero sin haberle leído, de oídas y como de cajón, unos hablan de sus buenos tiempos, otros le creen en sus mejores, dicen aquellos que ha bajado, estos que el suelo ha subido; tiene ya su leyenda.—«Cállate, bocota, cállate! Elésegui dar y dar na mas!» «Nos has chafao! Y Marduras... más susio que no sé qué...»—«Susio, ó no susio él te gana... y el otro qué? La cuestion es ganar.»—No señor! La cuestion es jugar limpio!» La sustancia es la misma siempre, varía la salsa. Elicegui y Mardura son dos símbolos, banderas.

En alguna parte del público se notaba animosidad contra los azpeitianos; la inquina del español hacía el que ha subido pronto; no puede resistir al deseo de tirarle de una pierna. Siempre los azpeitianos, los azpeitianos por arriba, los azpeitianos por abajo, ¡qué caramba! acaba por aburrir á un buen español.

Los corredores iban y venían, se agachaban aquí y allí y anotaban en su memorandum. Gritaban «10 á 8 por Elicegui!» y más allá otra vez «10 á 8 por Elicegui!» «¡Van!» Los papelitos corrían de mano en mano y los corredores de silla en silla. Sus voces eran el barómetro del partido; primero á la par, despues 10 á 8 por Azpeitia, 30 á 20, hasta 30 á 15, luego otra vez á la par, 12 á 8 por Elicegui, 30 á 20, 40 á 25, hasta doble á sencillo, subía, oscilaba, bajaba otra vez. Aquello era un hervidero. A que llegaban á 30, á que no, á que á 40, á que á 42. Se igualaron á 4 á 6, á 13, cogieron ventaja los azpeitianos, les alcanzaron los otros y les pasaron, volvieron á igualarse á 30 entre la sorda baraunda del pueblo. Competidísimo.

Un señor gordo decía cuando iban pisándose los talones: «Durito, durito es el partido, qué sé yo! Los azpeitianos son el demonio... ese Mardura es una ardilla, tiene unas piernas! está como Dios en todas partes, pero especialmente donde hace falta... pues y Baltasar? ¡Vaya una intencion que me gasta el mozo! El Chiquito, ¡oh! Azpiri es el rey de la pelota... y Elicegui ¡vaya una potencia, pero qué potencia!» Esta palabreja le cosquilleaba en los oídos y no la soltaba, se la había aprendido en viernes. Cuando Azpeitia tomó ventaja decía: «¡Bah! ya se lo llevan de calle, si no puede ser de otro modo... ya lo decía yo... por algo les llaman los invencibles, no puede ser!... ese gandul no sabe más que dar y dar... Ya me esperaba esto...!» Volvieron á igualarse: «Hum, hum! Esto va sério... Hoy Elicegui está de vena... y el Chiquito! mire V.! ya les ha caído que hacer á los invencibles... me parece qué...» meneaba la cabeza, «en fin, ¡tch! verémos!» Tomó Eibar ventaja y el gordo: «Ya me lo presumía yo... no puede ser... si no pue-de ser... con una cabeza como la del Chiquito y una potencia como la de Elicegui... ¡vaya una potencia! esto era sabido.» El tal señor jamás se equivoca, ni juega tampoco, sino es una botella de Rotterdam por aquel á quien le tocara el saque. Y seguía murmurando «¡qué potencia!»

La cosa se animaba, se coloreaba y ardía. Al llegar á los 30 estaba el pueblo magnetizado, botando en el asiento; tendidos los campos hácia delante. Electrizados, como repelidos de sus sitios, ansiosos, ojos y nervios todo, oían, veían y aspiraban la pelota... Oé! Allá va! Aaa...-upa! Zás! Aaah! Pifia! El jugador examinaba la cesta, la encorbaba apoyándola en el suelo, la sacudía en el brazo ¡tch! maldita cesta! Baltasar soplaba hinchando los carrillos al sacar, se limpiaba el sudor con la manga, escupía, se levantaba los pantalones y en cada pelota que se le escapaba echaba la mano al trasero, recogiendo una pierna y girando sobre la otra como un trompo.

Otras veces esperaban con el aliento enfrenado, clavados los ojos, y al sonar el duro y hueco son de una cortada irresistible rompía el pueblo en un estallido como en los días húmedos las cuerdas tendidas y vibrantes del violín. Los eliceguistas armaban un barullo de mil demonios, eran los más y los más bullosos, entre ellos casi todos los muchachos barbi-lampiños y recién salidos del cascarrón. Su entusiasmo pasaba del rojo y llegaba al blanco.

Los jugadores iban, venían, volvían, corrían... ¡atzea! ¡aurrian! Ba-

jaba Mardura jadeante, como perro tras de la presa desde el cuadro 10 al 4 ó 5, y al llegar él ya Baltasar con una bolea pistonuda habia atrasado la goma. Se volvía trotando y balanceándose como balandra en regateo, mientras decia por lo bajo á su compañero con voz ahogada: «¡Bien, Pachico!»

De cuando en cuando les llevaban sillas y se les acercaban los botilleros, hombres graves á lo mejor, á servirles una copita y darles algunos inútiles consejos, á animarles. Y ¡que es honor ser botillero! digo, consejero. Si prolongaban la sentada, aplausos de impaciencia.

En delantera de tendido un jóven no dejaba de gritar: «¡atzerá! ¡aurrerá! biyetán, biyetán! ¡jo, jo, Bišente! ¡Gorá, Baltašar! Ori, ori! ¡Útzi!» Es lo único que sabia de bascuence y lo lucia. Otro, las manos entre las rodillas, arqueando las cejas, seguia á la pelota, y á cada cortada estiraba el cuello y parecia querer engullírsela con los ojos. Cada pelotazo le espoleaba los nervios, y se reflejaba en los músculos de su rostro el rumiar de los tantos y el traqueteo martilleante del corazon que sacudia toda su carne. Muy bajito y conteniendo el aliento repetia: «¡cortada! arrima! así! dos paredes! bolea! Bien, Mardura! Revés! Bravo Elicegui! Era el sibarita de fronton que se reconcentra para paladear los tantos.

¡Qué hermoso el 33! Fué el quince de la tarde, segun repitió varias veces el gordo. Soberbio fué, sublime! No lo olvidarán á la primera los buenos aficionados. El Chiquito tomó la pelota y se arrancó antes de botarla de 4 ó 5 metros con una carrerita coreada por gritos de ánimo, rematada en un como trezado de baile y sacó uno de aquellos saques cortos, rápidos, en que gime la pelota con grito agudo y se arrastra luego como una lagartija. Pero Mardura la arrancó del suelo á pulso y punta y empezó el peloteo. Bolea del Chiquito, otra de Baltasar, una terrible de Elicegui, bravos sofocados; Mardura la coge á revés y la atrasa, vuelve á cogerla Vicente, la toma con suavidad y sin ruido alguno, sin esfuerzo aparente, acariciándola y la lanza con vigoroso empuje; era como un cosquilleo que, pusiera fuera de sí á la pobre, y como si ella, excitada, nerviosa, se arrancara en violentísima carrera. Pero se la devuelven, entregada esta vez... el pueblo no respira, un mugido envuelve al jugador... ¡al quinto infierno! ¡hasta el 14 lo menos!... algunos se levantan... parece que la respiracion dormita. Mardura llega, mira á la pelota que bota alto, la espera, dobla el cuerpo en arco, atrasa el brazo, contrae la boca, la coge y va des-

cribiendo una curva suave, mientras la sigue un trecho trotando el jugador y en toda su trayectoria el público con los ojos. ¿Si llegará, si no llegará? Viene á dar como cuatro dedos sobre el escás de falta, y cae pausadamente á la cancha mientras se oye el germinar de un grito inarticulado, que se corta al ver allí delante, blanda como manteca á la pobre pelota. Un brazo vigoroso la coge... se oyen gritos de ¡otra! Suena seco y recio contra la piedra y sale con brio, Mardura clavado la espera con la cesta en alto, á ella va la pelota, la sacude y la vuelve. Otra más ¡duro! Baja la cabeza y la sigue trotando como su sombra, arrastrando la cesta, llegan los dos, describe el medio arco corriendo á bolina y la vuelve. ¡Qué tanto! La toma el Chiquito y corta, le restan, vuelve, venga pelota y vaya pelota, golpe aquí y golpe allí, bolea viene y bolea va ¡firme! Baltasar dos paredes que son contestadas por otras dos, corre y es recogido en las sillas. ¡Qué tanto!

Llenó entonces el espacio una gritería alegre, una cascada de voces, de riquísimas notas claras y sordas, tropel de bravos, pasta de chillidos escapados, exclamaciones de triunfo y júbilo, ardiente batir de palmas, como sinfonía de castañuelas, carracas y matracas, zambra de palmadas y más palmadas. Algunos sombreros volaron á las losas, hasta puros. Los cuellos se alargaban, chispeaban los ojos y aquel agitar de manos parecía una convulsion epidémica. El grito aflojaba, cedia como ventarron en un bosque, se ahogaba en palmadas perezosas y tardías, luego en un rincon empezaban de nuevo con más furia, más sonoras y retumbantes otras palmas y tras ellas volvía á romper el aire el frenético batir de cientos de manos. ¡Qué tanto aquel, valía seis Miuras!

Los jugadores descansaban sentados, bebían agua, se enjugaban la boca con coñac, el Chiquito tosia, Mardura cambiaba de alpargatas; aquellas vueltas en redondo! Elícegui, sentado, consoladote, tenía pegada la camisa al cuerpo y se le transparentaba á trechos el color rosa pálido de la carne.

Uno, allí cerca del gordo, estaba ciego, entretenido en tomar notas: «esta ¿qué ha sido?» «¡magnífica larga!» le decía su vecino y apuntaba una ele grande, garbosa, de palo alto y rígido. De cuando en cuando el recuento. Había por allí un eibarrés que no dejaba en paz con su Chiquito: «Oh! El Chiquito, Chikiya!» Le miraba sin quitarle ojo á ver si reparaba en él ¡cuántos saludos perdidos, no miraba!... al fin! debió de repararle, le devolvió el saludo con una sonrisita y

una inclinacion de cabeza y el hombre, esponjándose en su asiento; empezó á contar que una vez en Eibar jugó el Chiquito por *debajo de la pata* á dos, y etc. etc. Luego, en un descanso, narró conmovido los épicos partidos de Durango con *Lišurume á marimano*. Decía en cada jugada de Baltasar: «¡chamba, le ha salido!» Siempre las del azpeitiano eran casuales, intencionadísimas las del maestro, como llamaba á su paisano.

Un riojano decía que allá en la Rioja!... luego «¿Quién es Elecegui?.. ah! sí! al alto! buen mozo! ¿Quién ha ganado el tanto? ¡Buen boleo tiene, porra!» Oía gritar «¡jo! jo!» Y «eso que peineta quíe decir?» El jóven que solo sabía bascuence de fronton le servía de truchiman y le explicaba que jo en bascuence significa que le dé: «Pues mejor harían hablar en cristiano... qué porra!»

¡Qué dejadita aquella del Chiquito! Esperaba Baltasar á la pelota como gato en acecho, encorvado, el Chiquito la cogió ¡aquí te quiero ver! hasta Flandes lo menos... y quedó allí abajo, muerta, casi sin bote. ¡Qué correr y trotar el de Mardura! ¡qué ir y venir! Como decía uno al gordo, parecía talmente un pincha-agujas. ¡Qué dos paredes metió Pachico al maestro! «Ori ori!» le decía su compañero. De reverses á aire, más vale no hablar que se hace agua la boca, ¡colosales! La cesta á la izquierda sostenida con ambas manos ¡vaya con aquel esperar con calma á la pelota, y verla luego lanzar con suave movimiento! No buscaba la chistera á la pelota, sino esta á aquella. Durante los tantos solo se oían los golpes secos y acompasados del brioso tic-tac del peloteo.

Unos arrollaban nerviosamente el billete de entrada, otro le hacía mirar todo á su vecino. «Vea V., vea V., allá va Elicegui... mire V. qué cortada... mire cómo corre Marduras!» A cada tanto volvían sus ojos al tanteador, ojos tristes ó alegres, la boca plegada ó sonriente, fuera de sí mismos. Decía el gordo: «Antes era más *clásico*, se cantaban los tantos; ahora... estos refinamientos modernos... verdad es que antes por un puñadito de pesetas venían á jugar á cualquier mal fronton, y ahora no piden menos que 1.000 reales.» Oyó decir á uno que Elicegui castigaba la pelota y se le quedó un ratito mirando. Luego repetía entre dientes: «¡castigar, castigar, castigar!»

Un obrero por la facha, de boina azul, alargaba la cabeza, se le hinchaba la vena del cuello y enderezando la cintura en el asiento seguía con los ojos á la pelota, mientras acaricia con los dedos en el

bolsillo un papel de 50 pesetas, de suavísimo y mugriento tacto, delicia de los dedos, el jornal de unos días. Miró al tanteador, frunció las cejas, se puso colorado y gritó timidamente: 10 á 8 por Azpeitia!» «¡Van!» Entregó el papelillo, una ligera contracción de las comisuras de la boca, bajó los ojos... su pobre mujer, jóven y ajada, sobre una cuna vieja, quería en tanto dar con sus besos calor á los lábios de cera de un chiquillo enteco y flacucho que exhalaba vapores de sudor frio mezclado con lágrimas. De esto tienen la culpa los burgueses y la ley ferrea del salario.

Desde los 36 tantos, Eibar y Rentería empezaron á cobrar ventaja, Mardura crecía, pero su compañero aflojaba, luego Elicegui estaba piramidal, hecho un héroe segun decia el gordo. Era de ver al Chiquito enderezar el cuerpo hácia delante y largar con una ligera vueltecilla hácia dentro una bolea. Y ¿quién cogía aquellas cortadas de Elicegui que sin bote alguno resbalaban por el suelo como rapidísimas culebras? Mardura se impacientaba, ponía cara lánguida, arqueaba las cejas, apretaba los dientes al devolver cada pelota con brio recogiendo el brazo sobre el pecho y dando media vuelta. Aquella tarde mudó tres pares de alpargatas.

Llegó el último tanto. La gente empezaba á salir; 41 por 49; sacaba el Chiquito. Cortó Elicegui y se acabó el partido. Sí, se acabó aquel partido tan esperado, soñado y deseado, se acabó.

El sol se había puesto, y una telaraña de neblina velaba al cielo. El Chiquito fué cogido en brazos, festejado. «Pero hombre, esto es una locura! decia un forastero, habráse visto, ni que fuera Frascuelo!» Unos volvían cabizbajos, prestando felicidad otros. «Si no llega á estar tan desgraciado Baltasar en el último tercio..!» «Pero si este es partido robado...!» «Bah! 41 tantos para 50 no es diferencia!» «Ya se repetirá y verémos!» El que no se consuela es un tonto. «¡Vaya una potencia! ¡Y qué manera de castigar á la pelota!» exclamaba el gordo al pasar á mi lado.

En todo el partido no se vió un solo borracho; á los toros muchos van á merendar, al partido todos á ver. Despues quedaban por el camino á echar un trago de chacolí y tomar unas tajaditas de merluza frita.

Poco despues se pregonaba en el Arenal: «El Pelotari,» «El Nuevo Pelotari,» «La Chistera» y «Variedades» con la derrota de los azpeitianos. Allí la reseña del partido, lacónica, seca, fria é incolora como

parte de batalla en tiempo de guerra, pero elocuente como datos de estadística recalentados por la pasión. Andando el tiempo llegará cada jugador de primera á tener su correspondiente organillo.

Volvieron á henchirse de gente los vagones del ferro-carril de Durango; en los pueblos esperaban grupos á los coches para recibir noticias frescas y fidedignas, y los casinos de los pueblecitos se cerraron más tarde aquel día. A Eibar y Rentería, pátrias ilustres de los campeones vencedores, habian sido enviadas á tiempo palomas mensajeras.

Los que perdieron, buscaron consuelo, y los dineros ganados se fueron como los del sacristan.

No tuvieron poco que hablar, eliceguistas, chiquitistas y marduristas. En más de una semana fué comidilla de tertulias, círculos y cafés el arte del Chiquito, las piernas y la cabeza de Mardura y el brazo de Elicegui, ¡vaya una potencia! que decia el gordo. ¡Menuda pelotera de padre y muy señor mio la que en los periódicos profesionales, *ecos de los frontones, dedicados á las lides pelotísticas* (esto es de ellos) sostuvieron Rasa y Dejada! Porque el autorizadísimo Dejada largó con aquel su estilo exuberante, ramplon y enfático lo menos tres artículos de columna y media cada uno, llenos de apóstrofes, invocaciones, metáforas, epifonemas y otras drogas de retórica fiambre en que probaba que lo que sucedió debió haber sucedido así.

La amodorrada musa del sublime Píndaro, el cantor de los atletas vencedores en los juegos píticos y en los olímpicos, despertó y al despertar, arrebatóse en fuego lírico y presa de excelso raptó poético entonó con rimbombante trompa épica altisonante himno al prepotente Elicegui y al heróico Azpiri, rival de Aquiles, el de los piés veloces.

Los más favorecidos llevaron á su casa como pan bendito pelotas del partido con su inscripcioncita conmemorativa, regalo del museo doméstico, reliquia preciosísima. Algunas fueron solemnemente desstripadas, con el interés con que se hace la autopsia de un criminal famoso.

Al cabo todo quedó en calma hasta otro.

MIGUEL DE UNAMUNO.

